

# El Caudillo

COMENZABA la velada con la lectura de algunos capítulos del *Franco*, de Joaquín Arrarás. De igual modo que se leía este libro ahora, se habían leído otros libros antes y se leerían otros libros después. Acabada la lectura, se conversaba sobre otras cosas. Conferían varios amigos en silenciosa estancia, en torno a una mesa de nogal con papeles. Colgaban en los muros dos retratos, uno puesto frente a otro: el de Cervantes, el Cervantes de Jauregui, el Cervantes maduro de la segunda parte del *Quijote*, Cervantes, representativo del espíritu nacional, y otro de Goethe, encarnador del espíritu europeo, de Goethe, un anciano, pintado por Stieler, el Goethe de las conversaciones con el canciller Mülller. De que trascurrían unos días, finadas ya las lecturas, se pasaba al comentario del libro: acudían a la sesión distinguidos oyentes, y entre ellos no faltaban ejemplares femeninos discretos. Las palabras eran reposadas y sobrias.

—He meditado atentamente sobre el breve y primoroso libro de Joaquín Arrarás—profrío uno de los contertulios—. He conocido en cincuenta años, viejo como soy, pero no exhausto de curiosidad, a los más eminentes españoles. Soy amigo también de leer memorias y biografías. Lo que yo advierto, ante todo, en la vida de Franco, es un profundo sentido de unidad. Los catorce años de batallar arduamente en África enlazan a la perfección con el segmento de vida peninsular, ya en el ministerio de la Guerra, frente a la revolución de Asturias, ya en la Academia General Militar, como formador de una juventud marcial. Y este segundo tramo en Franco, sin hendiduras ni intersticios, ensambla también con la etapa suprema de la guerra y con el período de la paz. Desde el comienzo hasta el presente, se dan en Franco plenitud, coherencia de acción y de pensamiento. No podemos encontrar en tal continuidad, en unidad tal, ni descaecimiento, ni merma física, ni eclipse intelectual.

—Pero la plenitud—arguye otro contertulio—. ¿no implicará intensidad uniforme?

—No puede haber uniforme intensidad en el vivir de Franco—ha replicado el preopinante—puesto que los sucesos, las contingencias, la realidad circundante, en suma, han sido diversos. Intensidad existe en las campañas, arriesgadísimas de África; pero supera a esa energía y clarividencia la intensidad desplegada en la guerra de España.

—La vida coherente es bella; coherente en la acción y en el pensamiento—ha observado otro de los amigos—. A mi ver, esa nota predominante en la vida de Franco se



El Caudillo, durante la guerra, despacha, en el Cuartel general, con uno de sus ayudantes.

acababa con otra: la adecuación del hombre al hecho; la confrontación con el suceso que se le opone. Ni sé si participaréis de mi dictamen; si os digo que Franco, visto en el libro que hemos escuchado leer, me produce la impresión de que la realidad ha sido formada para Franco y no Franco para la realidad. Quiero significar con esto que tal es el dominio de Franco sobre sí mismo y sobre las cosas, que lo sustantivo es la persona y lo adventicio el hecho. Los hechos, en tal disposición animica, llegan a ser indiferentes. Lo mismo da que surjan tras angustiosa previsión o que se presenten con amarga sorpresa; lo mismo que sean fácilmente dominables o que parezcan ineluctables en su ímpetu. Franco los domina todos; entre lo inextricable peligroso, el Caudillo se mueve con increíble facilidad. Sí, hay continuidad en la vida de Franco; en otras vidas podremos observar lances afortunados que levantan de improviso a un hombre y descalabros que lo oscurecen. No en Franco. Y no se dan en el Caudillo tales alternativas a causa de esa misteriosa y no explicable adecuación mentada entre la persona y los sucesos.

—Sin embargo—interviene un tercero conferidor—; esa adecuación no podría existir sin precisa causa eficiente. No puede ofrecérsenos el singular fenómeno de que la realidad circundante sea para un hombre y el hombre no para la realidad misma, sin alguna creadora virtud.

—¡Claro que sí!—exclama otro contertulio.

—Debemos, pues, buscar explicación a un hecho que aparece inexplicable.

—¿Y quién nos dice que no hallaremos explicación?

—¿Cabría hablar de lo que llamaba Federico Nietzsche "energía ligera"?

—¡Cabalmente; esa fuerza flúida, sin violencias, sin sacudidas, sin trastornos, es la que puede esclarecer, al menos provisional-

mente, el problema psicológico que dilucidamos. ¿Por qué existen hombres primicieros que en sus hazañas, en sus gestas, en sus heroicidades, nos ofrecen el espectáculo del esfuerzo penoso, del conato trágico, bellos desde luego, pero violentos, y en cambio otros hombres, en parejos trances, en semejantes peligros, nos dan la sensación placentera del deporte y del juego apacible, sin suprema tensión nerviosa? Se mueven hombres de tal perfección, cual lo es el Caudillo, en un plano superior al de los otros mortales.

—Ese es el Franco, en efecto, que cabalgando un caballo blanco, certero para la puntería, avanza hacia la trinchera mortífera, delante de sus soldados; y ése es el Franco, al pie del avión que ha de conducirle desde Canarias a Tetuán; al pie del avión y ante el arcano trágico; y ése es el Franco que acosado por tantas pugnas, ya en Marruecos, dispuesto a pasar a España, ve cómo ante su energía ligera, al conjuro misterioso de su persona, lo aterrador se desvanece y la empresa magna iniciada va con naturalidad desenvolviéndose.

Hay una pausa en el conferidor; charla en voz baja el concurso. Los rasgos esenciales en la vida de Franco quedaban esbozados, para después, tras nuevas horas de meditación, corroborarlos con otras observaciones.

—¿Cómo os parece que resumamos brevemente nuestro parecer sobre la psicología de Franco?—pregunta el preopinante.

—A mi entender—replica un contertulio—podemos resumirla en tres palabras: *unidad, plenitud, facilidad*.

—¡Así veo yo al Caudillo!

—¡Y nosotros también!

El concurso aprueba. Suena una campanilla de plata y termina la conferencia, aquí expuesta en compendio. Se levantan todos y departen animadamente. ¡Arriba España!

AZORIN